

Homilía Solemne Vigilia Pascual

Iglesia Catedral de Buenos Aires
Jueves Santo, 8 de abril de 2023

Evangelio: San Mateo 28, 1-10

Los Santos Evangelios nos transmitieron que Jesús, después de su Bautismo en el Jordán, celebró tres fiestas de Pascua durante el tiempo de su vida pública: una primera en relación con la purificación del templo, cuando expulsó a los comerciantes que se habían apropiado de él (Jn 2,13-25); otra, con ocasión del milagro de la multiplicación de panes y peces para darle de comer a una multitud (Jn 6,4); y, finalmente, la Pascua de su muerte y resurrección, la que hoy hemos revivido con la proclamación del Evangelio de San Mateo (28,1-10). Esta última es la que se ha convertido en «su» gran Pascua,

en la cual se funda la fiesta más solemne de los cristianos, cuya Vigilia estamos celebrando. Y por eso comenzamos dando gracias a Dios de ser testigos en el tiempo que nos toca, de un acontecimiento único y eterno a la vez, el más importante de la historia de la humanidad.¹

Estos días hemos seguido los pasos de la Pasión de Jesús y no deja de asombrarnos lo que ha sido un sublime acto de libertad,

1. Cfr. Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, *Jesús de Nazareth, Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2011.



como se lo había adelantado a sus discípulos: «Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregar mi vida y tengo poder para recuperarla» (Jn 10,18). De ese modo, transformó su muerte violenta en un acto de amor por todos los hombres. El sábado que hemos vivido hoy, es el día del reposo sepulcral de Jesús, que descendió hasta las profundidades de la muerte para rescatar a nuestros primeros padres, y desde ahí surgió victorioso.

Como lo proclamamos con el Evangelio de San Mateo, la resurrección de Jesús tuvo lugar la mañana del «primer día de la semana», el día del Señor, el domingo. Nadie fue testigo del instante en que Jesús resucitó; fue un Ángel el que dio la noticia: «No está aquí, porque ha resucitado como lo había dicho» (Mt 28,6). Él salió al encuentro de las dos Marías, sus discípulas, quienes a su vez fueron a anunciarlo a los apóstoles, y la Buena Noticia llegó hasta nosotros para alegría de todos: ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo vive! Dios Padre, de un modo definitivo que sólo Él puede hacer,



lo ha rescatado de la corrupción y, con ello, del poder de la muerte.

La resurrección de Jesús no fue el milagro de un cadáver reanimado, como lo hizo con el hijo de la viuda de Naín, con la pequeña hija de Jairo o con su amigo Lázaro. No, ellos volvieron a la vida anterior durante cierto tiempo, luego tuvieron que morir definitivamente. Con el Señor aconteció algo totalmente distinto: «En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de

Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Cristo que es «el hombre celestial» (cfr. 1 Co 15,35-50)². Por consiguiente, su Resurrección ha inaugurado una nueva dimensión de ser hombre para él y para todos los redimidos por su Cruz. Es la vida nueva en el Espíritu, que Dios ha querido para todos los hombres. Cuando decimos Pascua, nos referimos a la nueva vida a la cual están llamados todos los «hijos de la resurrección».

La Pascua contiene todos los bienes que Dios quiere para sus hijos, creados para la eternidad; es la fuente de la gracia y el desborde de su misericordia, que se derrama en todos los sacramentos de la Iglesia. Por nacer del Amor del Crucificado alcanza a todos los que confiesan la presencia del Resucitado en su vida.

Las apariciones que recordaremos en esta semana que comienza –llamada la Octava de Pascua–, nos presentan a un Jesús glorioso, a quien Dios su Padre le devolvió el lugar que tenía desde toda la eternidad, pero en su cuerpo se pueden ver sus heridas; son los estigmas de su Pasión y Cruz. Eso nos dice que el mismo que se encarnó, ahora vive para siempre y no deja de estar presente entre nosotros de muchos modos, especialmente detrás del rostro sagrado del otro, de nuestro prójimo. Después de la resurrección, Jesús les pidió a sus discípulos que fueran testigos de lo que habían visto y oído: «Como el Padre me ha enviado, así también

los envío yo» (Jn 20,21). También nosotros, los que celebramos los misterios de la Vida Nueva, quedamos comprometidos en esa corriente misionera.

En esta Solemnidad renovaremos nuestras promesas bautismales, las que formularon por nosotros nuestros padres y padrinos. Precisamente nuestro primer encuentro con su Pascua ha sido el acontecimiento que marcó para siempre la vida de cada uno de nosotros: nuestro bautismo. Cuando recibimos las aguas de la salvación nos sumergimos en su Pasión, Muerte y Resurrección, para recibir la vida nueva en el Espíritu. También nos asoció a su Ascensión, por lo cual, al llegar nuestra hora, podamos estar con Él para siempre. Hermano, hermana: si es la primera vez que participas de la Santa Vigilia –en esta Noche de las noches–, esta es la Pascua que Jesús deseaba ardientemente celebrar contigo. Recuerda que tan importante es este encuentro pascual para nuestra vida, que nuestra Madre Iglesia nos pide que al menos nos acerquemos a confesar y comulgar para el tiempo de Pascua de Resurrección. La Iglesia invita a cumplir este divino mandamiento por el infinito valor que tiene la Eucaristía para la vida del cristiano: contiene su Pascua y todas las gracias y dones que necesitas para el camino. ¡Llévalo en tu corazón!

¡Felices Pascuas para todas sus familias!

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**

2. Catecismo de la Iglesia Católica, 646.